

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

- N.º 1 **La que se hizo amar,**
por Marcel Priollet
- „ 2 **Nada se borra,**
por Max Dervieux
- „ 3 **La esposa y la amiga,**
por José Baeza Valero
- „ 4 **El hombre que no servía para nada,**
por Jorge Clary
- „ 5 **La falta del hombre,**
por René Trotet de Bargis
- „ 6 **Mujeres...,**
por Francisco-Mario Bistagne

Acaba de aparecer el 7.º volumen

Lecciones de la vida,

por Félix Léonnee, con gran éxito

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y

su precio es el de **UNA PESETA**

A. HORTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 328

25 CTS.



LA
ESCUADRA HUNDIDA

POR

Condesa Agnes de Esterhazy

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 328

LA ESCUADRA HUNDIDA

Bellísima producción, según la célebre novela del capitán de navío Helmut Lorenz, basada en la batalla naval de Jutlandia entre las escuadras alemana e inglesa

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Capitán de corbeta Barrow. . .	Bernhard Goetzke
Erika, su esposa.	Agnes Esterhazy
Comandante Norton	Henry Stuart
Comandante del acorazado «Grossherzog»	Hans Mierendorf
Oficial torpedista Adenried . .	Nils Asther
Teniente Kampf.	Werner Pittschau

o

Exclusivas TRIAN

Consejo de Ciento, 261 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de
DOLORES DEL RIO



LA ESCUADRA HUNDIDA

Argumento de la película

En 1914, antes de que la locura de la Humanidad hiciera estremecer de horror la tierra toda, en el puerto de Kiel, un acorazado alemán, el "Grossherzog", realizaba ejercicios de tiro.

Dirigía la maniobra, Carlos Barnow, primer oficial de artillería; hombre de estudio y de acción a un tiempo, para quien los cañones de su barco eran la gran pasión de su vida.

—Calculáis mal la distancia!... ¡Con nuestros cañones se puede hacer blanco a diez millas! — exclamó de pronto.

El cabo de cañón esforzóse en corregir el error, y luego Barnow dirigió a todos los marineros algunos consejos:

—Debéis poner todo vuestro cuidado; en nuestra instrucción radica el crédito de nuestra marina.

Todos escuchaban con verdadero respeto, ya que

nadie dejaba de admirar al brillante oficial; y éste terminó así:

—Mañana llegará una escuadra inglesa que será testigo de nuestra eficiencia naval... Poned muy alto nuestro prestigio.

Los marineros asintieron a una, para sus dentro, dispuestos a cumplir como buenos para ser dignos de la Patria y del ejemplar jefe que los instruía.

Después de los ejercicios de tiro de aquel día, Barnow descendió a los salones del buque y recibió una insospechada sorpresa al ver que un marinero le abría la puerta del comedor y que ante él aparecía la oficialidad del acorazado en torno a una mesa adornada y sobre la que había copas y botellas de champaña.

¿Qué era aquello? ¿Por qué se celebraba aquella fiesta en el buque? Eso era un misterio para Barnow, quien no se decidía a trasponer el umbral del salón-comedor, preguntando a todos con la mirada el significado de tal reunión.

El joven oficial torpedista Luis Adenried, muchacho de gentil apostura que a su juventud unía unas ansias infinitas de vida y amor, sentóse ante el piano del comedor y tocó con firmeza, y sonriendo a Barnow, el himno nacional, como tributando honores al recién llegado oficial.

Barnow desarrugó al fin el ceño y avanzó hacia sus camaradas, que le recibieron en el seno de la fiesta cariñosamente; y el comandante del buque, levantando en su honor su colmada copa de champaña, pronunció ante el religioso silencio que hicieron los demás oficiales:

—Como comandante de este buque es para mí un placer felicitar al amigo Barnow en el día de su cumpleaños.

¡Ah! Ya sabía el motivo de la fiesta. ¡Lejos estaba de suponerlo! Y, agradecido, Barnow repuso:

—Preocupado por los ejercicios de tiro había olvidado mi cumpleaños.

Un marinero ofreció a Barnow una copa de champaña, y el brillante oficial brindó con sus camaradas por la grandeza de la Patria.

Entretanto, en el hogar de Barnow, esperaba con melancolía su regreso su esposa Erika, bella criatura que no merecía bajo ningún concepto el abandono en que, esclavo del deber, encadenado a él por obligación y por vocación, la tenía Barnow con harta frecuencia.

La encantadora mujer había preparado un pastel de cumpleaños para comerlo en compañía de su marido, y éste, a juzgar por su tardanza, parecía olvidarse de aquel día, en que, precisamente, debía acudir a su casa antes que de ordinario.

Pasaron horas y más horas, y la esposita tuvo que resignarse a esperar hasta la noche, sintiendo en su alma una honda tristeza ante la indiferencia con que era tratada por el marino.

Al día siguiente, los navíos de la escuadra inglesa abrían surcos fugaces en las aguas de Kiel.

El comandante Jorge Norton, de la escuadra inglesa; buen marino y perfecto *gentleman*, estaba ligado por estrecha amistad a Carlos Barnow y evocaba, en su camarote, el dulce recuerdo de una temporada pasada junto a él y su esposa en los poéticas orillas del Rhin.

Entre los retratos y cuadros artísticos que figuraban en su camarote, había uno que el comandante

Norton prefería y ante el que, próximo a llegar a Kiel, se había detenido en aquellos momentos, contemplando un grupo en el que él también figuraba, al lado de Erika, la esposa de Barnow.

Aquel día, Erika fué a esperar a su marido al lu-



Entretanto, en el hogar de Barnow...

gar de desembarco, para regresar juntos al hogar después de dar un paseo por la población.

El teniente Adenried fué de los primeros oficiales en desembarcar y, viendo a Erika, de la que estaba profundamente enamorado, y cuyo abandono por parte de Carlos sabía perfectamente, no ocultándosele la tristeza que ello causaba a la esposa, fué, sonriente, a su encuentro, estrechando efusivamente su linda mano.

—¿Y mi marido? — preguntó Erika, librando su mano de la presión de la de Adenried.

Este, envolviéndola en francas miradas de cariño, respondió:

—Carlos se ha quedado a bordo... como siempre. Sus cañones le traen atareadísimo.

—Pero no tardará en desembarcar, ¿verdad? El no sabe que yo estoy aquí, pero me prometió que no regresaría tarde a casa.

—Pues me parece que tendrá usted que regresar sola, es decir, permitiéndome que la acompañe yo...

—Gracias, pero esperaré aquí a Carlos...

—Mal correspondé Barnow al amor que usted le demuestra, mal... ¡Y pensar que si yo tuviera una mujer tan bonita, tan espiritual como la suya, no viviría más que para ella!...

—Es usted excesivamente galante y, francamente, si yo fuese soltera y usted se dirigiese a mí en plan de conquista, no le haría el menor caso.

—¿Tan malo soy?

—Me parecería usted muy peligroso.

—Y ahora, siendo usted una señora, ¿también le parecería peligroso si?...

—Es usted incorregible, señor Adenried.

Luis le hablaba con los ojos y la inclinación que el apuesto oficial sentía hacia ella halagaba a Erika íntimamente, sin demostrárselo ni por asomo, sino que le rehuía siempre que él le salía al paso en el paseo o en alguna reunión, contestando a su pasión amorosa con cierto desdén de mujer casada que no tiene más interés que hacer la felicidad del esposo y procurarse la suya en su compañía.

Erika siguió, pues, en espera en el desembarcadero; y Luis Adenried continuó a su lado, por sí, como

lo deseaba, se le presentaba la ocasión de acompañarla a su casa a falta del marido.

Erika había traído unas flores, y Adenried arrancó del ramo una y la estuvo acariciando largo rato, mirando a la bella esposita, insinuándole que su mayor ilusión sería hacer lo propio con ella...

Al fin, y para disgusto de Adenried, apareció una lancha en la que embarcaron varios oficiales y entre éstos Barnow.

A poco, Barnow desembarcaba junto a su mujer, quien, llena de alegría por su triunfo delante de Adenried, le abrazó y besó con verdadero cariño, ofreciéndole, además, las flores que trajo para él.

Y Adenried, celoso, estrujó entre sus dedos la flor que acariciara con sed de realidades...

En tanto que Erika, dirigiendo a Adenried una mirada burlona, se alejaba con su marido y le decía, jovialmente:

—¡Gran noticia, Carlos! Papá y mi hermana Margarita vienen a pasar con nosotros tu temporada de vacaciones. Mira el telegrama que me han enviado.

Barnow leyó:

Llegamos en el yate. Rogad para que sople buen viento. Besos. Papá y Margarita.

Y dijo:

—Me alegro, y es mi deseo que no tarden en llegar, para que tú estés tranquila.

En el mar en calma, el yate del padre de Erika avanzaba con abrumadora lentitud. Tan era así que el dueño y un amigo suyo, que hacía las veces de segundo de a bordo, tuvieron que botar una lancha y remar para ayudar a avanzar al yate, a cuya popa el bote estaba atado.

Sentada en la borda del yate, Margarita, la hermana de Erika, una muchacha ingenua, bulliciosa, que sabía reír con fresca risa de niña, porque el amor aun no había llamado a las puertas de su corazón, se burlaba de los esfuerzos que hacían su padre y el amigo de éste, cuyas frentes bañaba el sudor; y exclamó, en vista de que no lograban avanzar más que a paso de tortuga:

—Como no sople viento favorable, me parece que vamos a llegar a Kiel el año próximo.

*
**

La escuadra inglesa había llegado a Kiel, y la oficialidad del acorazado "Grossherzog" se preparó para rendirle honores.

La acogida que se dispensaron unos y otros oficiales fué cordial, y al terminar la recepción en el "Grossherzog", Barnow y Norton pudieron estrecharse las manos y hablar.

—Me siento feliz, Barnow, al ver afianzada la amistad entre nuestros países respectivos — dijo Norton.

—En efecto, amigo mío... Y lo más hermoso es que nada, por ahora, amenaza esa amistad.

—Sí... Hagamos votos por que siempre sea igual.

Continuaron hablando amigablemente y dijo Barnow a Norton:

—Mi esposa me ha encargado te saludara. Conserva un grato recuerdo de la temporada que pasamos juntos a orillas del Rhin.

—Muchas gracias, Barnow. Yo tampoco he olvidado aquellos días tan felices para todos nosotros.

Margarita y su padre habían llegado ¡al fin! a

Kiel; y aquel día, al volver a su casa, le esperaba a Barnow una sorpresa.

Margarita y Erika se hallaban en el *boudoir* de ésta.

Erika iba separando pares de zapatos y vestidos, como si proyectara un viaje.

Al ver a su marido, Erika le dijo, alegremente:

—Como ves, lo tengo todo preparado para un viaje largo y confortable. Opino, de acuerdo con mi hermana, que en Venecia se pasarán muy bien las vacaciones.

Y le hizo objeto de tiernos mimos; pero Barnow, entregado tan sólo a sus estudios, contestó:

—No puedo pensar en viajes ahora, Erika... Estoy ocupadísimo. Los constantes perfeccionamientos en la artillería de mi buque me roban todo el tiempo.

Erika no pudo reprimir el desbordamiento de su enojo por las continuas desatenciones del esposo, y arrojando con furor las ropas que tenía en sus manos, exclamó:

—¡Esto es ya demasiado! ¡No parezco sino una monja!

Margarita empujó a Barnow hacia Erika, para que se reconciliaran; pero deseando al propio tiempo que él accediese a ir con ella a Venecia, donde descontaba que se divertiría mucho.

Barnow se acercó a Erika, la estrechó entre sus brazos y le dijo:

—Pero, Erika, ¿por qué lo tomas así?... Comprende que un marino tiene que vivir sacrificado a su deber...

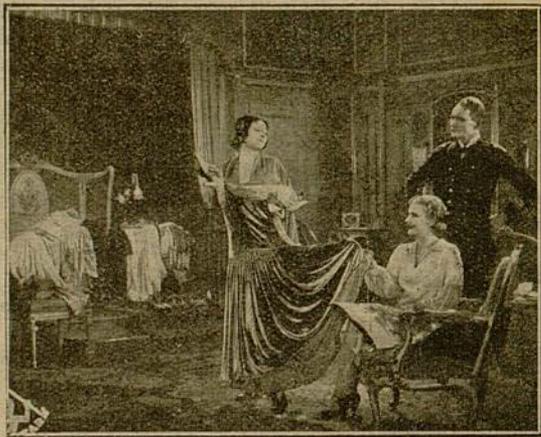
La esposa de desasíó enérgicamente de él y desapareció hacia otra habitación, en el preciso instante en que llegaba al *boudoir* el padre de Erika.

—¿Qué ocurre? — preguntó a Barnow.

—Nada, nada, querido suegro... — contestó el marino, desapareciendo tras de su mujer.

Pero el padre de Erika había visto ya bastante para saber a qué atenerse. Además, las miradas de Margarita le confirmaron la querella conyugal.

¡Malo, malo!



—Como ves, lo tengo todo preparado para un viaje...

—¡Bah! Pronto harán las paces, papá — dijo Margarita.

El padre, que era un buen señor que no admitía complicaciones en su existencia de rentista, respondió, a lo gran filósofo:

—Escarmienta en cabeza ajena, hija mía... Ya ves que las esposas de los marinos no son muy felices.

—Sí, ya lo veo... ya lo veo... y a mí no me pesará ningún marino. ¡Bonito carácter el mío para aguantar temporales!

—Así me gusta que sean las hijas: obedientes. ¿Quieres que vayamos de paseo... a divertirnos por ahí?

—Vamos.

El padre le ofreció, cual un galán, el brazo, y Margarita le dió el suyo, marchándose los dos cantando la alegría del vivir. Necios eran, según ellos, los que no se reían siempre.

.....

Un poco después, amainado el temporal, a consecuencia de la llegada de Norton acompañado de Adenried, Erika, sentada junto al comandante inglés, sentíase feliz evocando tiempos idos.

Por su parte, Norton experimentaba intensa alegría, como si renaciera en el fondo de su ser el amor sin esperanza que la esposa de su amigo le había inspirado años atrás.

Aprovechando un momento que quedaron solos, Norton dijo a Erika:

—Está usted triste, Erika... ¿Me será permitido conocer la causa de su tristeza...?

—No es nada, Norton... nada... Nubecillas... nada más que nubecillas... Somos tan raras las mujeres...

—Mejor que sea así... porque... Tal vez no debería decirlo... pero desde aquellos días pasados en su compañía no puedo borrarla a usted de mi memoria...

—Gracias, Norton... Siempre le he considerado un excelente amigo...

—Merece usted ser muy dichosa, Erika... y yo, sin una mancha de egoísmo en el pensamiento, se lo deseo de veras...

Erika no contestó. La adoración de que era objeto por parte de Norton, de un modo tan caballeresco, le causaba una sensación de bienestar que ahogaba sus palabras en su garganta, y era indudable que la hombría de bien del marino inglés la hizo recordarle en todo momento con cierto deseo de volverle a ver.

Barnow y Adenried interrumpieron con su aparición la plática de los dos buenos amigos.

Adenried dió a leer a Erika la siguiente tarjeta:

Los oficiales de la Escuadra Alemana destacados en Kiel se complacen en invitar a sus compañeros los Oficiales ingleses al baile que se celebrará en el Pabellón Marítimo el viernes a las diez de la noche. De uniforme o de etiqueta.

En los ojos de Erika brilló el deseo de asistir al baile.

Adenried, besándola con la mirada, le dijo:

—¿Me honrará usted reservándome el primer vals?

Ella iba a contestar accediendo, pero Barnow, adelantándosele, manifestó:

—Seguramente no podremos ir a esa fiesta.

¿Por qué no? ¿Es que Barnow se proponía hacerle la vida imposible?

Norton intervino, pesaroso:

—Yo tengo la culpa, señora... Me he tomado la libertad de invitar a su marido a una comida íntima que celebramos esta noche en el "King George".

—Bien, no iré...

Barnow miró a Adenried y dispuesto a congraciarse con su mujer, añadió:

—Si quieres, puede acompañarte Luis... Yo iré luego a recogerte.

—A sus órdenes, señora — apresuróse a decir Adenried, encantado.

—Muchas gracias a los dos — murmuró Erika.

Y la bella esposa no pudo menos de sonreír al ver la infantil alegría que se asomaba a los ojos del apuesto oficial.

*
**

Luces, brillantes, uniformes, *toilettes* elegantes. La distinción británica y la urbanidad alemana fraternizaban en el Pabellón Marítimo.

Adenried esperaba impaciente el momento de bailar con Erika.

Esta hablaba con unos amigos de su esposo y no parecía enterarse de que la orquesta tocaba el segundo vals.

Al fin apareció en el salón, pero en lugar de reunirse con él, aceptó la invitación de sentarse a su mesa que le hizo el comandante del "Grossherzog", el cual se hallaba rodeado de algunos amigos y familiares.

Adenried se consumía en la espera del feliz momento en que estrecharía entre sus brazos a la encantadora esposa de Barnow.

En la mesa del comandante se brindó por ella, y no pudiendo resistir más la atracción que ella ejercía en él, Adenried acercóse a Erika resueltamente y le dijo:

—Señora, me ha prometido usted un baile.

Ella no pudo negarse, y al fin Adenried gozó de su suave contacto...

El padre de Erika y su amigo, el segundo de a bordo, contemplaban a Margarita, que no había ce-

sado de bailar en toda la noche con un alférez ciertamente simpático.

A juzgar por la ilusión que la joven pareja demostraba, de aquel primer encuentro saldría, probablemente, un nudo... y eso, eso no le convenía al padre de la niña.



Y la bella esposa no pudo menos de sonreír...

Pero el hombre propone y Dios dispone; y he aquí que al terminar aquel baile, el alférez al ser presentado por Margarita al padre, dijo a éste:

—¿Puedo hablar con usted un momento, caballero?

—Lo que usted quiera, señor mío...

Se apartaron a un lado del salón, y dijo el oficial:

—Soy el teniente Kampf de la Armada Alemana

y es un gran honor para mí pedir la mano de su hija Margarita.

El *coup de foudre* le había herido de muerte. El amor a primera vista había hecho presa en él.

Margarita esperaba, impaciente, la decisión de su padre, la cual anhelaba — a pesar de los pesares — fuese agradable.

Pero el padre, recordando la infelicidad de Erika con Barnow, contestó al teniente, al que había ofrecido un cigarro habano:

—Declino el honor, señor Kampf, pero con un yerno en la Marina tengo de sobra, según he observado.

—Pero caballero... — gimió, desconsolador, el teniente, devolviéndole el cigarro.

—No insista usted, joven. He dicho que mi hija no se casará con un marino, y esa es mi última palabra.

Margarita, que se había acercado a ellos, miraba suplicante a su padre y amorosa a Kampf; pero el padre no se volvió atrás. ¡No quería otro yerno en la Marina!

Kampf saludó respetuosamente a padre e hija, y dijo a aquél, descorazonado:

—A sus órdenes, señor... y le suplico reflexione sobre el particular.

Entretanto, Adenried había logrado llevarse al jardín a Erika, para prodigarle las frases cariñosas que guardaba para ella en su corazón.

La noche perfumada, el arrullo del mar, el claro de luna eran estrofas de un poema sin palabras...

Erika reconocía que había hecho mal en acceder a aislarse con Adenried en el jardín... pero era demasiado tarde: el enamorado e impetuoso oficial

había ya besado los labios de la que amaba y parecía no tener amor.

Y ella besó también.

Y aquellos besos unieron dos almas.

De pronto Erika lanzó una exclamación en la que no se disimulaba el terror:

—¡Mi marido!

En efecto, Barnow ponía pie en el jardín del Pabellón Marítimo, acompañado de Norton.

Era preciso reintegrarse al salón, pero como no podían hacerlo en aquel momento, pues Barnow la habría visto, esperó, ocultándose, a que éste y Norton hubiesen cruzado el jardín, para entrar en el Pabellón por otra puerta, sin llamar la atención de nadie.

Y así, Erika fué al encuentro de su marido sin que éste pudiera sospechar que procedía del jardín donde estuvo con Adenried.

Siguió la fiesta, y cuando más animados estaban todos, un oficial alemán hizo irrupción en el salón, acalló con un gesto la música y, subido al estrado de la orquesta, exclamó:

—Señores, un atentado en Servia. El heredero del trono de Austria ha sido asesinado en Sarajevo y en las presentes circunstancias esto traerá como consecuencia inevitable...

Un rumor se extendió por la sala.

—¡LA GUERRA!

Norton y Barnow cambiaron elocuentes miradas. Adenried cruzó las suyas con las de Erika.

Barnow dijo a Norton, asiéndose a una esperanza forjada por su deseo de conservar la amistad del inglés:

—Pero no con Inglaterra, ¿verdad?

—¡Quién sabe! — murmuró Norton con pesar—.

Pero ocurra lo que ocurra, *Siempre Seremos Amigos*.

Y sellaron su pacto con un cordial apretón de manos.

.....

Inmediatamente se dictaron órdenes, y la escuadra inglesa se disponía a zarpar.

Barnow y Erika trasladáronse al "King George" que mandaba Norton.

Erika traía flores.

—Venimos a despedirte, Jorge... ¡Quién sabe cuándo nos volveremos a ver! — exclamó Barnow.

La emoción embargaba a los tres, y para romperla, Barnow comentó sonriente:

—Quizás ahora tengamos ocasión de ver si los cañones de tu escuadra pueden hacer blanco a diez millas de distancia.

—No lo dudes, Barnow.

—A pesar de tu afirmación, me permito dudar, Norton.

—Apostado está, pero, ¡ojalá no tengamos necesidad de probarlo! Adiós, amigo.

—Adiós, Barnow... Adiós, señora...

—Adiós, amigo mío...

—Cuando la negra nube pase — añadió Barnow—, celebraremos nuestra entrevista con una botella y un abrazo.

—Así sea.

Los dos amigos se abrazaron y se separaron, no sabían hasta cuándo. Erika, al estrechar la mano de Norton, no pudo reprimir unas lágrimas, como si presintiera la tragedia que se avecinaba...

*
**

Se deslizaron los meses, envueltos en llamas de incendio y en estampidos de cañón...

Mientras Alemania avanzaba por tierra, su escuadra permanecía intacta.

Cierto día, el teniente Kampf, que había logrado convencer al padre de Margarita, esperaba con Adenried, en el muelle, a su novia, Erika y Carlos Barnow, para dar un paseo en el yate del suegro.

Llegaron poco después las dos hermanas sin Barnow, y Adenried, que sabía que éste no acudiría a la invitación, ofrecióse a Erika como acompañante.

Erika le había rehuído más que nunca desde la noche de la fiesta en el Pabellón Marítimo en honor de los oficiales ingleses, pero Adenried insistió tanto, que, no pudiendo sustraerse a su nefasta influencia, le aceptó en el yate... y al terminar la excursión marítima, el corazón de la esposa se sentía atado al de Adenried con tantas cadenas como besos cambiaron sus labios...

Las cosas habían llegado a un extremo tal, que era necesario puntualizarlas.

Y Erika, ansiando amar, creyó que su felicidad estaba en Adenried, que le propuso el divorcio de su marido para rehacer su vida juntos, y escribió a Barnow, al buque, la siguiente carta:

En estos momentos de sinceridad en que voy a decirte que otro amor ha sustituido al que sentía por ti, no trato de hacerte ningún reproche; pero quiero que sepas que tu abandono desde los primeros días de nuestro matrimonio es la causa de mi determinación. Amo a otro hombre, a Luis Adenried, y como soy incapaz de engañarte, te pido mi libertad.

Perdóname, siquiera sea en memoria de lo mucho que te he querido.

Erika,

Barnow creyó morir de dolor. El amaba a Erika con toda su alma y había dejado escapar el amor inconscientemente. Pero la culpa no era suya exclusivamente, sino del hombre que, aprovechándose de la soledad de Erika, había logrado distanciarla de él hasta el punto de decidirla a separarse para siempre. ¡Ah, el miserable! Ardía en deseos de ir a su encuentro, de abofetearle delante de todos, para castigar su traición.

Adenried se hallaba en el salón de recreo del buque.

Barnow abrió violentamente la puerta y dirigió fulminantes miradas al ladrón de su felicidad.

Adenried, comprendiendo que lo sabía ya todo, acercóse resueltamente a él, dispuesto a lo que fuere.

Barnow, conteniendo difícilmente su cólera, le alargó la carta de Erika, y después de leerla dijo Adenried:

—Lo que su esposa ha escrito es verdad, y no eludo mi responsabilidad en ningún terreno. Estoy a la disposición de usted.

Barnow lanzó un rugido e hizo ademán de aba-

lanzarse a Adenried. Algunos oficiales le contuvieron a tiempo, y allí mismo se planteó el duelo.

El teniente Kampf fué elegido padrino por Barnow.

El joven oficial trató de persuadir a su futuro cuñado de buscar otra solución que el desafío, pero Barnow se mantuvo con firmeza en su decisión de matar o morir; y le entregó una carta para Erika.

Aquella noche, Erika no podía conciliar el sueño; levantóse del lecho y su hermana, temiendo, al oírla pasear por el piso, que le ocurriese algo, levantóse también y acudió a su lado.

—Estoy muy nerviosa, Margarita... Sufro mucho...

—¿Qué ocurre?

—En un momento de desesperación he escrito una carta y ahora temo las consecuencias de mi ligereza.

—Calma, mujer. Todo puede arreglarse todavía.

El alba las sorprendió en el salón, durmiendo Margarita sobre un diván y Erika desvelada y nerviosa en un sillón.

La carta de Barnow le fué traída por el cartero en el primer reparto. Decía así:

Erika:

Aunque algo tarde, he reflexionado lo alejado que he vivido siempre de tu corazón. Pero he elegido ya un medio que te devolverá la libertad para siempre.

Carlos.

—¡Dios mío! — gimió Erika—. ¿Qué se propone hacer?

—No temas. Iré luego al buque.

.....

Aquel mismo día, el "Grossherzog", ya en plena actividad, abandonó el puerto de Kiel, y en alta mar se halló a la vista de algunos navíos ingleses, entre los cuales se encontraba el "King George", mandado por Jorge Norton.

Los ingleses se asombraron al ver el buque alemán, calificando de extremada audacia "el avance de la vanguardia de la flota alemana hasta Jutlandia".

En ambos bandos se hicieron los preparativos para el combate.

Adenried, al ir a ocupar su puesto, dijo a Barnow, que daba, incansable, instrucciones a los cañoneros:

—La batalla en puerta impide el desafío... Aceptémoslo como un designio de Dios.

Y le ofreció su mano.

Barnow no le negó la suya, en momentos tan graves, pero contestó:

—Suspendido queda... mas de momento solamente. Si de aquí salimos con vida, volveremos a encontrarnos.

—A sus órdenes.

La defensa de la Patria era lo que importaba a todos en aquellos momentos, y oficiales y subalternos se unían en fraternal abrazo bajo la sagrada enseña que desafiaba al viento irguiéndose hacia el cielo...

El "Grossherzog" tenía que hacer fuego sobre el "King George", y Barnow, con amargura infinita, comprobaba que la amistad, en tiempo de guerra, no es más que un mito, una figura retórica.

No había tiempo que perder; y ordenó, fiel a su deber:

—¡Concentrad el fuego hasta destruir el buque!
Y el cañoneo, por ambas partes, fué terrible.
De pronto, a la distancia de diez millas, Barnow,
exaltado, gritó:
—¡Fuego sin intervalo!



Y el cañoneo, por ambas partes, fué terrible.

El "King George" fué alcanzado de pleno, y se hundió aparatosamente.

Y mientras la inmensa mole se hundía como una negación a la fraternidad humana, Carlos recordaba a su amigo Norton.

La tripulación del "Grossherzog" cantaba victoria, cuando un torpedo le hirió de muerte...

Y a los gritos de alegría sucedieron los ayes de desesperación.

*
**

En Kiel, Erika y Margarita leyeron el parte de aquel día, que decía:

Ayer nuestra escuadra sostuvo combates con la escuadra inglesa, en aguas de Jutlandia. Nuestro crucero "Wiesbaden" ha sido destruido. Durante la noche ha sido echado a pique por un torpedo nuestro acorazado "Grossherzog". La mayoría de los tripulantes han podido ser recogidos por el crucero "Dessau".

—¡Oh, Margarita! ¿Habrá muerto Carlos? — sollozó Erika, agitada por intenso temblor.

—Pronto lo sabremos, hermana — contestó Margarita, no menos presa de angustia que Erika, pues pensaba en la suerte que habría podido caberle a Kampf—. He leído que el "Dessau" debe estar al llegar a Wilhelmshafen... Vámonos inmediatamente allí.

Al día siguiente, las dos hermanas llegaban a Wilhelmshafen, donde, al parecer, el "Dessau", convertido en hospital flotante, permanecería algún tiempo.

Erika fué recibida por el comandante... y supo la terrible noticia de la muerte de su marido, al que

la Patria no olvidaría jamás por su heroico comportamiento.

El comandante le entregó una valiosa condecoración y añadió:

—Esta cruz, señora, honra a los héroes que han sabido morir por nuestra bandera.

Pero a Erika aquella cruz se le antojó la de la tumba de su esposo y, como si algo se le hompiera en su pecho, cayó desmayada al suelo.

En tanto, Margarita, hacia llamamiento a todas sus energías de mujercita enamorada, para soportar la visión de su Kampf herido y en manos del cirujano de a bordo, que le extraía un proyectil del brazo derecho.

Adenried resultó ileso en el sangriento combate. Había visto a Erika y la esperó al pie de la pasarela del buque. Cuando ella la cruzó, para alejarse del triste lugar, él se le acercó y trató de consolarla; mas ella, apartándole con melancolía, le dijo:

—No, Luis, ya no puedo oír hablar de amor... La muerte de Carlos nos separa para siempre... Desde ahora toda mi vida estará consagrada a su memoria.

Y se apartó de él tristemente.

**

**

Pasaron algunos días. Adenried fué destinado como comandante al submarino U. 48.

En un hospital de Kiel, el comandante inglés Norton, recogido casi moribundo el día de la batalla, sentía sobre el dolor de sus heridas la amargura de verse en país enemigo.

Erika, en su casa de Kiel, casa del héroe, no vivía más que para el recuerdo.

Margarita no quiso separarse de ella, y ahora gozaba de la compañía de Kampf, durante su convalecencia.

Pero duró poco la felicidad de los novios, pues también Kampf fué destinado, como segundo, al submarino U. 48.

Norton, en el hospital, deliraba. El médico, enterado por la enfermera de guardia de que el herido se había arrancado del cuello un medallón que no dejó de acariciar desde que entró en el hospital, separó el mismo de una mano, que lo apretaba furiosamente.

Al abrir el medallón, el doctor vió una fotografía en que aparecían el herido y una dama joven y bella: la esposa del oficial Carlos Barnow.

El médico conoció a éste y recordaba perfectamente a la esposa, por lo que, comprendiendo que el herido a quien llamaba en su delirio era a ella, la mandó avisar.

Norton había puesto en el medallón la parte de la fotografía que en él cupo y en la que como se ha dicho, aparecían él y Erika, y que recortó, el día del combate naval, de la fotografía que ocupaba un puesto de honor en su camarote, como si el llevar encima la efigie de Erika tuviera que traerle suerte; es decir, como mascota.

La enfermera fué a avisar a Erika, y ésta la recibió en presencia de Margarita y de Kampf.

—Tengo el honor de hablar a la señora viuda de Barnow, ¿verdad? El comandante inglés Jorge Norton, que está herido en el hospital, muestra vivos deseos de hablar con usted.

Erika hizo un gesto de protesta. ¿Cómo se atrevía aquel hombre, aquel enemigo, a llamarla? Ella no podía olvidar que su marido había muerto por causa de los ingleses.

Pero Kampf, espíritu comprensivo, noble, le dijo:

—No importa que sea enemigo, Erika... Tiene usted el deber de ir...

Y Erika, que también era buena, acudió al lado del agonizante.

Y ante la abnegación de las enfermeras sintióse, viendo el atroz sufrir de Norton, tocada por la vara mágica de la piedad... y transformóse en una enfermera más.

*
**

Llegó la Navidad, fiesta de paz y amor aun en plena guerra.

Norton, convaleciente, escuchó, teniendo a su lado a Erika, el sermón del sacerdote del hospital, que bendecía el árbol de Navidad.

—Que Dios borre la envidia y la ambición del corazón de los hombres y deje sin sentido la palabra "enemigo" — terminó diciendo el clérigo.

Norton, no pudiendo acallar por más tiempo su pasión hacia su gentil enfermera, le murmuró, esperanzado:

—Erika, hoy que es día de amor, ¿puedo confiarla mis sentimientos?

Ella, tristemente, le atajó:

—Por el recuerdo de mi marido, le suplico que no siga.

En aquel momento el doctor se reunió con Norton y le manifestó con satisfacción, pues había simpatizado con él, por su excelente carácter:

—Buenas noticias, comandante... En el próximo canje de prisioneros regresará usted a su patria.

Erika palideció... pero el recuerdo de Barnow la dominaba.

¿Dejaría partir a Norton?

Sí.

Y Norton partió.

*
**

El sumergible U. 48 había entrado en acción varias veces, y a consecuencia de las averías que sufrió en el último combate, refugióse en un puerto neutral; y durante ocho días Margarita sufrió horrosamente sin noticias de su novio.

Y llegó el 9 de noviembre en que la petición de armisticio puso fin a la orgía de exterminio.

Pero la llama de odio no se había exinguido aún. Las dos hermanas leyeron en un periódico local:

En Kiel han ocurrido algunos desórdenes, por no resignarse los marinos a la entrega sin combate de la escuadra.

En efecto, los alemanes protestaban contra la imposición de abandonar sus barcos, y Adenried no fué una excepción, sino que dió el ejemplo. De acuerdo con la dotación de su submarino, cuando éste salió del puerto en que tuvo que refugiarse, hizo abandonarlo por todos, para huirlo antes que entregarlo, pero él quedó en él, encerrándose.

Su compañero Kampf le gritó:

—¡Adenried!... ¿Qué vas a hacer?... ¡Sálvate!... ¡Todavía estás a tiempo!...

Pero Adenried no le atendió en sus súplicas, y poco después de haberse arrojado Kampf al agua, el heroico oficial voló el submarino.

*
**

Pasó el tiempo, bálsamo de olvido, y con una esperanza de amor en el corazón, volvió Norton a la



... Adenried no fué una excepción...

casa que seguía siendo santuario dedicado a la memoria del héroe.

Erika se estremeció al verle.

El le murmuró:

—Erika... he venido porque no puedo vivir sin usted... porque mi única ilusión es su amor...

—No insista usted, Jorge... No puedo... no puedo escucharle...

—Erika... por piedad... toda mi vida es usted... nada se opone a nuestra dicha...

Había tanta sinceridad en las palabras del oficial inglés, que Erika iba a acceder a mirar únicamente



—No insista usted, Jorge...

hacia adelante, para volver a ser dichosa, pero vió en tal instante a Kampf, que acababa de llegar y que hablaba con Margarita, y separándose bruscamente de Norton fué al encuentro de aquél.

Kampf le entregó un canuto de cartón, diciéndole:

—Adenried murió como un héroe en la explosión del submarino... Este es su último saludo para usted...

Del rollo sacó Kampf una bandera, y Erika rompió a llorar.

Aquella bandera de combate abría de nuevo heridas mal cicatrizadas; le recordaba a Erika la Esquadra Hundida, el sacrificio de los que habían dado voluntariamente su vida por la Patria...

Miró con honda amargura a Norton, y éste, emocionado, murmuró:

—Comprendo, Erika... comprendo lo que pasa por su pensamiento... Aun es prematuro hablar de olvido... pero la pena y el rencor no son eternos... Déjeme esperar... Un día, tal vez, brillará para nosotros la aurora de la felicidad.

Erika siguió llorando... y Kampf, siempre noble y generoso, estrechó la mano de Norton, brindándole su amistad y prometiéndole, de tal modo, ayudarle a hacer olvidar a Erika, para que los dos, que eran dignos de ello, fueran, al fin, dichosos, como lo sería él con Margarita, con la que iba a casarse.

FIN

Próximo número:

La deliciosa comedia

EL DE LA SUERTE

por **OSSI OSVALDA**

Pida usted a su librero los dos últimos grandes éxitos de las **EDICIONES ESPECIALES**

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

BEN-HUR

y **EL DEMONIO Y LA CARNE**

EN BREVE:

LA CASTELLANA DEL LÍBANO

por Arlette Marchal

y **LA TIERRA DE TODOS**

por Greta Garbo y Antonio Moreno, según la novela del malogrado novelista **don Vicente Blasco Ibáñez.**

¡ ACONTECIMIENTO !

Acaba de salir en la Biblioteca «Nuestro Corazón» la preciosa novela

LECCIONES DE LA VIDA